

Los leones de Al-Rassan

Guy Gavriel Kay

Traducción de Ester Mendía Picazo



## Agradecimientos

Aquellos que tenemos la osadía de crear o de caminar por la línea que separa la historia de lo imaginado estamos en profunda deuda con los historiadores cuyas búsquedas entre los incompletos datos de nuestro pasado se convierten en una labor más creativa y desafiante cuanto más tiempo atrás se remontan.

En lo que respecta a la inspiración de mi *Al-Rassan*, yo estoy en deuda con la erudición de mucha gente. Entre ellos quisiera destacar en particular a Richard Fletcher, David Wasserstein, T. F. Glick, Nancy G. Siraisi y Manfred Ullmann (en el campo de la medicina), S. D. Goitein, Bernard Reilly, Pierre Riché y los arrolladores y apasionados trabajos de Rheinhart Dozy.

En los versos y composiciones que aquí hay, los que estén familiarizados con el periodo que me sirve como fuente encontrarán temas derivados de algunas de las voces más elocuentes de la península. Es apropiado que aquí le rinda homenaje al arte de al-Mu'tamid, ar-Rundi, ibn 'Ammar e ibn Bassam, entre otros.

Mi primera introducción a las complejidades y al poder de la península Ibérica la inspiraron las dos personas que han personificado, durante gran parte de mi vida, la idea de una existencia civilizada: Gladys y David Bruser. Es un gran placer poder mencionarlos aquí.

Soy el beneficiario del talento y la experiencia de un gran número de personas. El doctor Rex Kay, siempre de gran ayuda, lo fue más que nunca si cabe en la investigación de los elementos médicos de este libro y a la hora de revisar cuidadosamente el texto durante su desarrollo. Sue Reynolds ofreció un lúcido y necesario mapa. En Francia me vi sustentado por la amistad y los ánimos de Stan Rodbell y Cynthia Foster, y de Mary y Bruno Grawitz. En Toronto, mi viejo amigo Andy

Patton sigue ofreciéndome los beneficios de una inteligencia inquebrantable y de un apoyo igualmente incesante. Y finalmente, tanto en casa como fuera, me respaldan tres personas a las que quiero: mi madre, mi hijo y mi esposa.

Guy Gavriel Kay

## LOS LEONES DE AL-RASSAN: una introducción para la edición en español por Guy Gavriel Kay

Me siento verdaderamente honrado de ver LOS LEONES DE AL-RASSAN traducida al castellano en esta edición. Digo esto, en parte, por los felices recuerdos del tiempo que pasé viajando por España, tanto años atrás como más recientemente, y consciente de que las grandes ciudades, palacios, música, castillos, abadías y un paisaje gloriosamente variado sin duda han tenido influencia en muchos de mis libros, especialmente en *Los leones*.

Se trata de una novela claramente definida, espero, por la historia de la península Ibérica hacia el final de los años en que las tres culturas compartieron la tierra. No siempre, o nunca, compartiéndola en una perfecta armonía, pero sí con un entretendido de lenguas, tradiciones y conocimientos que influyó no solamente a España sino a toda Europa y que llevó directamente, según los historiadores, al resurgir del conocimiento clásico en el mundo occidental, al saber médico y a un brillante florecimiento de la música, la arquitectura, la literatura y el arte.

Como he hecho a menudo, antes y después de esta novela, he empleado elementos pertenecientes a la fantasía para explorar temas de historia: en este caso, el periodo en el que parte de la península Ibérica era conocida como Al-Ándalus y en el que comenzaron las primeras etapas de la Reconquista con figuras legendarias e históricas como el Cid o el rey Alfonso III de Portugal reclamando el Algarve en el año 1249.

Desde hace mucho tiempo he sentido y sostenido que la literatura fantástica puede ser, si se emplea correctamente, una herramienta poderosa para un importante (¡y entretenido!) tratamiento ficticio de temas históricos. Una ventaja de ambientar una obra en la inventada tierra de «Al-Rassan» (evocadora, aunque no idéntica al Al-Ándalus de la historia) es que los acontecimientos y el transcurso del tiempo pueden ser abreviados para destacar aquellos aspectos del pasado que quiero explorar con mis lectores.

Unos hechos que tardaron cientos de años en desarrollarse pueden ser mostrados en una generación o dos, intensificando así la respuesta del lector al relato. Además, el giro hacia la fantasía partiendo de nombres, religiones y sucesos reales puede incluso permitirle al lector alejarse de las expectativas o de suposiciones desde hace tiempo mantenidas y responder de un modo más abierto al relato. Al menos, esta ha sido mi esperanza, y mi método, en muchas novelas.

Además, creo firmemente que los novelistas deberían tener mucho cuidado a la hora de explorar periodos y gente de profunda importancia para una cultura. No tengo la más mínima idea de cómo era el «auténtico» Rodrigo Díaz, el Cid, como ser humano, de cómo se relacionaba con su mujer, por ejemplo, o con sus amigos (o enemigos). Me parecía presuntuoso en extremo el emplear la ficción como una excusa, una oportunidad para confeccionarle una personalidad. Por el contrario, me parece una forma «razonable» de tratar este asunto el crear un personaje inspirado por esa genial figura (u otra inspirada por el poeta-cortesano árabe ibn Ammar), pero que clara y deliberadamente no pretenda ser la persona histórica.

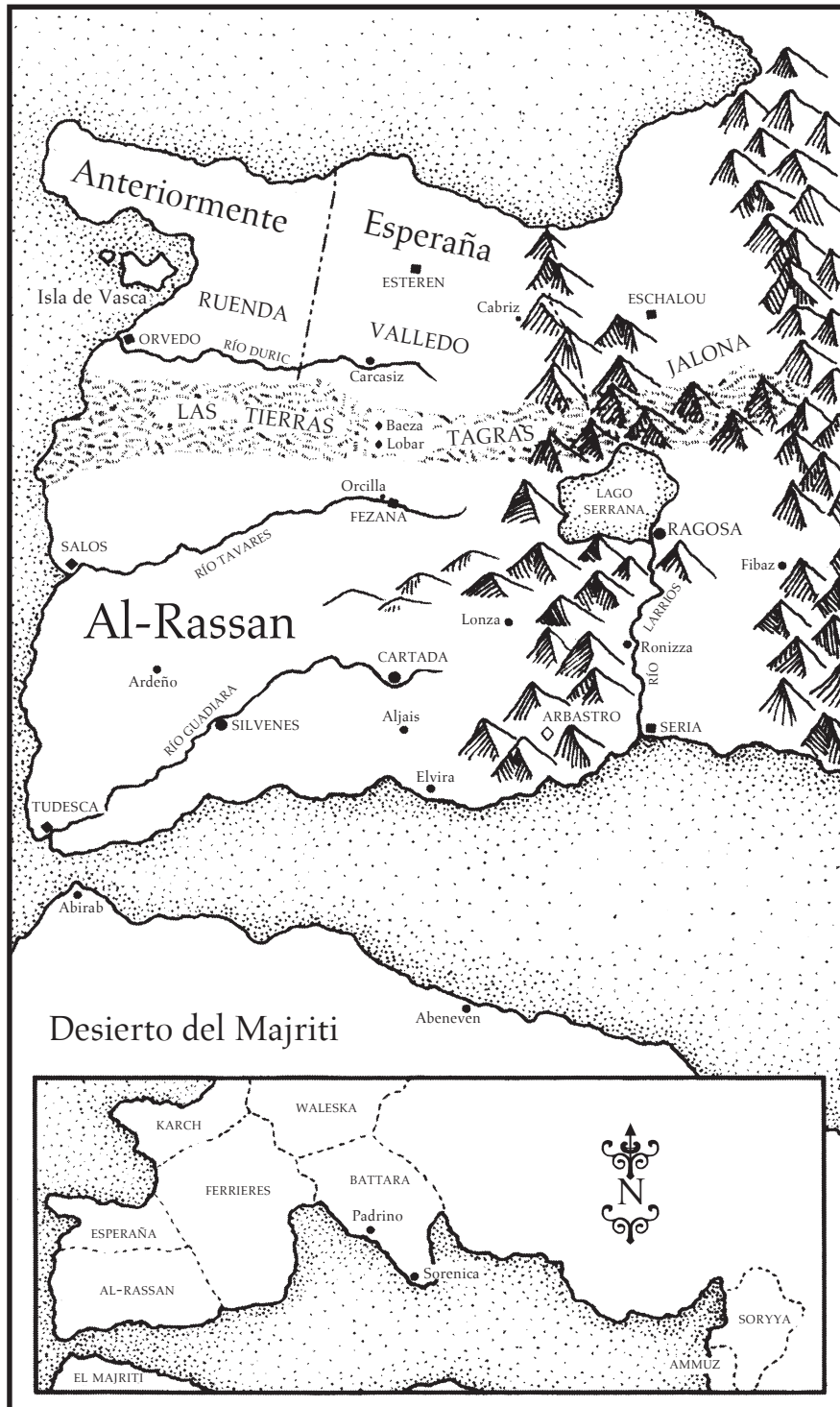
Desde el comienzo de la novela el lector sabe que estamos en un escenario inventado, influenciado por una historia real, pero no idéntico a ella, y para mí esto es un modo liberador y poderoso de que un autor y un lector compartan un viaje hacia algunos aspectos de nuestro propio pasado.

A lo largo de los años, después de diez novelas publicadas en más de veinte idiomas, lectores de todo el mundo han respondido generosamente a mi trabajo, al igual que otros novelistas, críticos y académicos que han mostrado afecto y un cálido reconocimiento hacia un poco convencional matrimonio entre fantasía e historia.

En el centro de todo lo que hago y escribo está el profundo deseo del escritor de lograr que el lector se sienta totalmente atraído hacia mis personajes y mi relato y hacerle quedarse despierto hasta altas horas de la noche pasando páginas para descubrir qué va a pasar a continuación. Y, cuando se haya pasado la última página, mi esperanza es dejar a esos lectores con una nueva forma de pensar sobre el pasado y viendo cómo este sigue dándole forma al presente.

Estoy verdaderamente complacido y honrado de darles a los lectores en castellano la bienvenida a la compañía de esos que ya se han topado con mis *Leones*.

Guy Gavriel Kay  
Toronto, septiembre de 2008





## Personajes principales

### EN AL-RASSAN

(Todos asharitas, adoradores de las estrellas de Ashar, excepto aquellos en los que se especifique otra cosa)

Rey Almalik de Cartada («El León de Cartada»)

Almalik, su hijo mayor y heredero

Hazem, su segundo hijo

Zabira, su cortesana favorecida

Ammar ibn Khairan de Aljais, principal consejero del rey, guardián de su hijo

Rey Badir de Ragosa

Mazur ben Avren, su canciller, de fe kindath.

Tarif ibn Hassam de Arbastro, un bandido

Idar, Abir: sus hijos

Husari ibn Musa de Fezana, un mercader de seda

Jehane bet Ishak, doctora de Fezana, de fe kindath

Ishak ben Yonannon, su padre

Eliane bet Danel, su madre

Velaz, su sirviente

### EN LOS TRES REINOS DE ESPERAÑA

(Todos jaditas, adoradores del dios del sol, Jad)

Rey Sancho el Gordo, ya fallecido

Rey Raimundo de Valledo, hijo mayor de Sancho, ya fallecido



EN EL REINO DE VALLEDO (CIUDAD REAL: ESTEREN)

Rey Ramiro, hijo de Sancho el Gordo  
Reina Inés, su esposa, hija del rey de Ferrieres  
Conde González de Rada, condestable de Valledo  
García de Rada, su hermano  
Rodrigo Belmonte («El Capitán»), soldado y criador de caballos, en  
su día condestable de Valledo.  
Miranda Belmonte d'Alveda, su esposa  
Fernán, Diego: sus hijos  
Íbero, un clérigo, tutor de los hijos de Rodrigo Belmonte

Laín Núñez, Martín, Ludus, Alvar de Pellino: miembros de la  
compañía de Ser Rodrigo

EN EL REINO DE JALOÑA

Rey Bermudo, hermano de Sancho el Gordo  
Reina Fruela, su esposa

Conde Nino di Carrera, cortesano predilecto del rey (y de la reina)

EN EL REINO DE RUENDA

Rey Sánchez, hijo pequeño de Sancho el Gordo, hermano de Ramiro  
de Valledo  
Reina Bearte, su esposa

EN EL DESIERTO DEL MAJRITI

(Al otro lado de los estrechos; hogar de las tribus Muwardis)

Yazir ibn Q'arif, de la tribu Zuhrita, Señor del Majriti  
Ghalib, su hermano, líder guerrero de las tribus

EN PAÍSES AL ESTE

Geraud de Chervalles, un alto clérigo de Jad, en Ferrieres

Rezzoni ben Corli, médico y profesor kindath. De la ciudad de  
Sorenica, en Batiara

## Prólogo

Pasaba el mediodía, no mucho antes del tercer llamamiento a la oración, cuando Ammar ibn Khairan cruzó la puerta de las Campanas y entró en el palacio de Al-Fontina, en Silvenes, para matar al último de los califas de Al-Rassan.

Al entrar en la Corte de los Leones, se topó con los tres juegos de puertas dobles y se detuvo frente a las que conducían a los jardines. Había eunucos guardando esas puertas. Conocía sus nombres, ya había tratado con ellos. Uno asintió discretamente hacia él; el otro mantuvo la mirada apartada. Prefería al segundo. Abrieron las pesadas puertas y entró. Las oyó cerrarse tras él.

En el calor del día los jardines estaban desiertos. Todos aquellos que aún permanecían dentro del decadente esplendor del Al-Fontina habrían buscado la sombra de las estancias más recónditas. Estarían dando sorbos a vinos dulces fríos o utilizando las cucharas exageradamente largas diseñadas por Ziryani para degustar los sorbetes que se mantenían congelados en las profundas bodegas con nieve bajada de las montañas. Lujos de otros tiempos destinados a hombres y mujeres muy distintos de los que ahora ahí vivían.

Mientras pensaba en ello, Ibn Khairan caminaba silenciosamente por el Jardín de las Naranjas y atravesaba el arco de herradura en dirección al Jardín del Almendro, para luego pasar bajo otro arco que daba al Jardín del Ciprés, con su árbol, único y perfecto, reflejado en tres albercas. Cada jardín era más pequeño que el anterior, y todos ellos de una belleza desgarradora. Como una vez había dicho un poeta, el Al-Fontina se había construido para romper el corazón.

Al final del largo recorrido llegó al Jardín del Deseo, el más pequeño de todos y el que más se asemejaba a una joya. Y allí, vestido de blanco y sentado solo y en silencio sobre el ancho borde de la fuente estaba Muzáfar, según lo convenido.

Ibn Khairan hizo una reverencia bajo el arco, un hábito profundamente arraigado. El anciano ciego no pudo verla. Tras un instante, dio un paso adelante y pisó deliberadamente el camino que conducía a la fuente.

—¿Ammar? —preguntó Muzáfar al oír ruido—. Me han dicho que vendrías. ¿Eres tú? ¿Has venido a sacarme de aquí? ¿Eres tú, Ammar?

Se podían decir muchas cosas.

—Sí —respondió Ibn Khairan mientras caminaba. Desenvainó la daga y el anciano alzó la cabeza de repente, como si hubiera reconocido ese sonido—. En efecto, he venido a liberaros de este lugar de fantasmas y ecos.

Y con esas palabras deslizó suavemente la hoja dentro del corazón del anciano hasta la empuñadura. Muzáfar no hizo ningún ruido. Había sido rápido y sin riesgos. Podría decirles a los wadjis, si se diera el caso, que había sido un final fácil.

Tendió el cuerpo sobre el borde de la fuente y le colocó las extremidades, escondidas bajo la túnica blanca, con tanta dignidad como fue posible. Limpió la daga en la fuente y, al hacerlo, pudo ver el agua arremolinándose brevemente con un tono rojizo. Según las enseñanzas de su gente, remontándose cientos y cientos de años a los desiertos del este donde había tenido origen la fe de los asharitas, el matar a uno de los califas elegidos del dios era un crimen sin posibilidad de redención. Miró a Muzáfar, miró su rostro redondo y arrugado, tristemente irresoluto, incluso en la muerte.

«No ha sido apropiadamente elegido», había dicho Almalik en Cartada. «Todos lo saben».

Durante ese mismo año había habido cuatro califas títeres: uno allí, en Silvenes, antes que Muzáfar; otro en Tudesca y un pobre chico en Salos. No podía permitirse que una situación tal continuara. Los otros tres ya estaban muertos. Muzáfar era el último.

Él último. En un tiempo había habido leones en Al-Rassan; leones sobre el estrado de ese palacio construido para hacer que los hombres se arrodillaran sobre el mármol y el alabastro ante la deslumbrante evidencia de una gloria que estaba fuera de su alcance.

En efecto, Muzáfar nunca había sido apropiadamente elegido, tal y como había dicho Almalik de Cartada. Pero mientras limpiaba de su daga la sangre de un hombre en el Jardín del Deseo del Al-Fontina de Silvenes, Ammar ibn Khairan, a sus veinte años, pensó que hiciera lo que hiciera con su vida en los días y noches que Ashar y el dios dispusieran otorgarle bajo el sagrado circular de sus estrellas, él siempre sería conocido como el hombre que dio muerte al último califa de Al-Rassan.

—Estáis mejor con el dios entre las estrellas. A partir de ahora viviremos una época de lobos —le dijo al hombre que yacía muerto sobre el borde de la fuente, antes de secar y enfundar su daga, y volver a atravesar los cuatro perfectos jardines vacíos hasta llegar a las puertas donde los eunucos, que habían sido sobornados, lo aguardaban para dejarlo salir. Durante el recorrido oyó un estúpido pájaro cantando bajo la intensa y blanca luz del mediodía y a continuación las campanas que convocaban a los hombres buenos a la sagrada oración.



## Primera parte





# 1

«Nunca olvides que vienen del desierto».

En aquellos tiempos, antes de que Jehane hubiera comenzado a ejercer; en aquellos tiempos en que su padre aún podía hablar con ella y enseñarla, él no había dejado de repetirle esas palabras al hablar de los gobernantes asharitas entre los que habitaban, muy a su pesar, y se esforzaban, al igual que las demás tribus de los kindath, para crear en el mundo un pequeño refugio de seguridad y una cierta calma.

—Pero el desierto también forma parte de nuestra propia historia, ¿no es así? —podía recordar haberle dicho una vez lanzándole la pregunta casi como un desafío. Nunca había sido una alumna fácil. Ni para él, ni para nadie.

—Lo atravesamos —le había respondido Ishak con aquella voz tan bellamente modulada—. Pasamos allí una temporada, pero en realidad nunca fuimos un pueblo de las dunas. Ellos sí. Incluso aquí, en Al-Rassan, entre jardines, agua y árboles, los Nacidos en la Estrellas nunca están seguros de la permanencia de tales cosas. En sus corazones siguen siendo lo que eran cuando, rodeados de arena, aceptaron por primera vez las enseñanzas de Ashar. Cuando dudes cómo comprender a uno de ellos, recuerda esto y probablemente verás el camino con claridad.

En aquellos tiempos, a pesar de su terquedad, las palabras del padre de Jehane habían sido como un manual y una guía sagrada para ella. Ese día, después de que se hubiera quejado por tercera vez durante una tediosa mañana preparando polvos e infusiones, Ishak le había advertido con sutileza que la vida de un médico podía llegar a ser aburrida, pero que eso no era irreversible y que, por lo tanto, habría épocas en las que se vería anhelando un ritmo más tranquilo.

Estaba a punto de recordar esas enseñanzas cuando finalmente cayó dormida al acabar el día que mucho tiempo después sería conocido en Fezana, entre maldiciones y velas negras quemadas a modo de recordatorio, como el Día del Foso.

Fue un día que Jehane bet Ishak, la doctora, recordaría toda su vida por razones distintas a las de los demás habitantes de aquella ciudad orgullosa y con fama de insurrecta. Porque aquel fue el día en que perdió su frasco de orina por la tarde, y una parte de su corazón, que ya jamás recuperaría, antes de que las lunas se hubieran puesto.

El frasco, por razones de tradición familiar, no era algo trivial.

El día había comenzado en el mercado semanal instalado junto a la puerta de Cartada. Justo después del amanecer, Jehane ya se encontraba junto a la fuente en el puesto que había pertenecido a su padre antes que a ella, y estuvo a tiempo de ver al último de los granjeros que llegaban del campo con sus mulas cargadas de productos. Bajo el toldo verde y blanco característico de los médicos y ataviada con una toga de lino blanca, se acomodó sobre su cojín con las piernas cruzadas dispuesta a pasar la mañana examinando pacientes. Como siempre, Velaz rondaba detrás ella en el puesto, preparado para medir y dispensar remedios a medida que ella los pedía, pero también para enfrentarse a cualquier dificultad que una joven podía encontrar en un lugar tan tumultuoso como el mercado. Sin embargo, los problemas no eran algo común; a Jehane ya la conocían bien.

Una mañana en la puerta de Cartada suponía prescribir medicamentos principalmente para granjeros llegados del otro lado de las murallas, pero también para funcionarios, artesanos, mujeres que acudían al mercado a por alimentos y, en varias ocasiones, para aquellos que pertenecían a la alta alcurnia, pero que eran demasiado austeros como para pagar una visita privada, o demasiado orgullosos como para que un kindath los atendiera en su casa. Esa clase de pacientes nunca acudían en persona; mandaban a alguna mujer de la casa con un frasco de orina para analizar y, en ocasiones, lo acompañaban con una nota redactada por un escriba señalando los síntomas y las dolencias.

El frasco de orina de Jehane, que había sido de su padre, ocupaba un lugar destacado sobre el mostrador. Era como una seña familiar, un reclamo. Siendo un magnífico ejemplo del arte del soplador de vidrio, el frasco estaba grabado con imágenes de las dos lunas que los kindath veneraban y de las altas estrellas de la adivinación.

Resultaba un objeto demasiado bello para uso diario si se tenía en cuenta su nada sofisticada función. El frasco había sido creado por un artesano en Lonza seis años atrás y encargado por el rey Almalik de Cartada después de que Ishak, desde el otro lado de una cortina, hubiera guiado a las comadronas durante el complicado aunque exitoso parto del tercer hijo de Almalik.

Al producirse el nacimiento de un cuarto hijo, cuyo parto fue incluso más dificultoso, aunque también finalmente exitoso, Ishak de Fezana, el célebre médico kindath, había recibido un obsequio bien distinto y controvertido de manos del rey de Cartada. En cierto modo se trató de un ofrecimiento más

generoso, pero el saber eso no lograba calmar la amargura que Jehane sentía todavía, cuatro años después. Y no era una amargura que se fuera a pasar; eso lo sabía con certeza.

Prescribió un preparado para el insomnio y otro para trastornos estomacales. Varias personas se detuvieron a comprar el remedio que su padre había elaborado para calmar el dolor de cabeza. Se trataba de un compuesto sencillo, aunque la receta, al igual que se hacía con los preparados privados de todos los médicos, se mantenía en secreto: clavo, mirra y aloe. La madre de Jehane pasaba la semana entera preparándolo en las salas de curas que tenían en la parte delantera de su casa.

La mañana pasó. En silencio, Velaz rellenaba sin cesar tarros de arcilla y frascos en la parte trasera del puesto mientras Jehane le daba las indicaciones. Un frasco de orina clara en la parte inferior, pero poco espesa y blanquecina por arriba dio señales de congestión de pecho. Jehane prescribió hinojo y le dijo a la mujer que regresara la semana próxima con otra muestra.

Ser Rezzoni de Sorenica, un hombre sarcástico y burlón, había dicho que la esencia de una práctica médica de éxito residía en inducir a los pacientes a que regresaran. Como él ya había comprobado, los muertos rara vez lo hacían. Jehane se rió al recordarlo; en aquellos días había reído a menudo, mientras estudiaba en la lejana Batiara antes del nacimiento del cuarto hijo del rey de Cartada.

Velaz se ocupaba de los pagos, que solían hacerse con monedas pequeñas. No obstante, una mujer de un poblado cercano, aquejada de varias y recurrentes dolencias, llevaba una docena de huevos morenos cada semana.

El mercado estaba más abarrotado que de costumbre. Estirando los hombros y los brazos mientras apartaba la vista brevemente del constante trabajo, Jehane vio con satisfacción la considerable fila de pacientes que tenía delante. Los primeros meses después de que hubiera tomado las riendas del puesto semanal de su padre y de las salas de curas en casa, los pacientes habían tardado en acudir, pero ahora parecía que le estaba marchando casi tan bien como le había ido a Ishak.

Aquella mañana el nivel de ruido resultaba realmente insólito. Debía de haber alguna causa para semejante bullicio, pero Jehane no lograba imaginar a qué podía deberse. Fue al ver a tres mercenarios extranjeros rubios y con barba que se abrían paso a empujones por el mercado cuando lo recordó. La nueva ala del castillo sería consagrada por los wadjis aquel día y el joven príncipe de Cartada, el hijo mayor de Almalik, que llevaba su mismo nombre, estaba allí para recibir a los dignatarios elegidos de la Fezana subyugada. Incluso en una ciudad conocida por sus rebeldes, el estatus social importaba; aquellos que habían recibido una de las codiciadas invitaciones a la ceremonia llevaban semanas regodeándose.



La mayoría de las veces Jehane le prestaba poca atención a esa clase de cosas y a cualquier otro asunto de diplomacia y guerra. Entre su pueblo había un dicho: «Sople donde sople el viento, lloverá sobre los kindath». Eso resumía sus sentimientos bastante bien.

Desde la atronadora caída del Califato en Silvenes quince años atrás, las lealtades y las alianzas en Al-Rassan habían cambiado constantemente, y en ocasiones hasta varias veces en el mismo año, a medida que diferentes reyezuelos se alzaban y caían en las ciudades con abrumadora regularidad. La situación no era mejor en el norte, más allá de la tierra de nadie, donde los reyes jaditas de Valledo, Ruenda y Jaloña, los dos hijos aún vivos de Sancho el Gordo y el hermano de este último, conspiraban y se declaraban la guerra los unos a los otros. Jehane ya había decidido que era una pérdida de tiempo intentar llevar la cuenta de qué antiguo esclavo había ascendido en la escala social aquí o qué rey había envenenado a su hermano allá.

Conforme el sol trepaba por el cielo azul, en el mercado se iba notando más calor. No era ninguna sorpresa; el pleno verano en Fezana siempre era caluroso. Jehane se secó la frente con un pañuelo de muselina y volvió a centrarse en el trabajo. La medicina era su profesión y su pasión, su refugio del caos y, además, el vínculo con su padre, en aquel momento y mientras viviera.

Un curtidor, al que no conocía, ocupaba tímidamente el inicio de la fila y portaba un vaso de barro cocido desportillado a modo de frasco. Tras depositar una mugrienta moneda sobre el mostrador, esbozó una mueca de disculpa al entregarle el vaso.

—Lo siento —susurró, apenas audible entre el tumulto—. Es todo lo que tenemos. Esto es de mi hijo. Tiene ocho años y no está bien.

Velaz, detrás de ella, cogió la moneda discretamente; como había aprendido de ser Rezzoni, se consideraba un gesto de mala educación que los médicos tocaran su remuneración. Eso, como había apuntado mordazmente, era tarea de los sirvientes. Había sido su primer amante, además de su maestro, durante el tiempo que vivió y estudió en Batiara. Se acostaba con casi todas sus alumnas e incluso se había rumoreado que también con algunos hombres. Tenía esposa y tres hijas que lo adoraban. Era un hombre complejo, brillante e irritable y sin embargo bastante gentil con ella, a su modo, por respeto hacia Ishak.

Jehane sonrió al curtidor para tranquilizarlo.

—No importa en qué recipiente traigas la muestra. No te disculpes.

Por su color, parecía ser un jadita del norte que vivía allí porque el trabajo para los buenos artesanos era mejor en Al-Rassan, y lo más probable era que fuera un converso. Los asharitas no exigían conversiones, pero la carga tributaria que se les aplicaba a los kindath y a los jaditas servía como buen aliciente para aceptar las visiones desérticas de Ashar el Sabio.

Pasó la muestra de orina del vaso desportillado al precioso frasco de su padre, obsequio del agradecido rey cuyo heredero, de mismo nombre, estaba allí aquel

día para celebrar un acontecimiento que garantizaba aún más el dominio de Cartada sobre la orgullosa Fezana. En una bulliciosa mañana de mercado Jehane tenía poco tiempo para pensar en ironías, aunque tendían a aflorar; así era cómo funcionaba su mente.

Mientras la muestra se asentaba en el frasco, vio que la orina del hijo del curtidor tenía claramente un tono rosado. Puso el frasco a la luz y lo agitó; en realidad el color se acercaba peligrosamente al rojo. El niño tenía fiebre, pero el resto de lo que le sucediera era difícil de determinar.

—Velaz —murmuró—, diluye el ajeno con un cuarto de menta y añade una gota de tónico para mejorar el sabor. —Oyó a su sirviente apartarse para comenzar a preparar el remedio.

Le dijo al curtidor:

—¿Al tocarle le has notado caliente?

El hombre asintió con preocupación.

—Y tiene sed. Tiene mucha sed, doctora. Le cuesta tragar comida.

Con tono de eficiencia, ella respondió:

—Eso es normal. Dale el remedio que estamos preparando. La mitad cuando llegues a casa y la mitad al atardecer. ¿Lo entiendes?

El hombre asintió. Era importante hacer esa pregunta; algunos, sobre todo los jadas de los campos del norte, no entendían el concepto de las fracciones. Velaz solía prepararles dos tubos distintos.

—Hoy dale sopas calientes, poco a poco, y, si es posible, zumo de manzana. Haz que se lo tome, incluso aunque no quiera. Puede que vomite, pero eso no es alarmante a menos que haya sangre en el vómito. Si hay sangre, envíalo a mi casa de inmediato. Si no es así, que siga con la sopa y el zumo hasta el anochecer. Si tiene sed y fiebre, necesita estas cosas, ¿lo entiendes? —Una vez más, el hombre asintió, concentrado y con el ceño fruncido—. Antes de que te vayas, dile a Velaz dónde vives. Mañana por la mañana iré a verlo.

El alivio del hombre fue evidente, pero entonces volvió a mostrarse vacilante.

—Disculpad, doctora. No tenemos dinero para pagar una consulta privada.

Jehane hizo una mueca; probablemente no era un converso y, a pesar de verse ahogado por los impuestos, se negaba a renunciar a adorar a Jad, el dios del sol. Pero de todos modos, ¿quién era ella para cuestionar la religión de nadie? Casi un tercio de sus ganancias iban destinadas al impuesto reservado a los kindath y ella jamás se habría considerado religiosa. Pocos médicos lo eran. Por otro lado, el orgullo era una cuestión aparte. Los kindath eran los Errantes, cuyo nombre habían recibido por las dos lunas que cruzaban el cielo de la noche entre las estrellas, y por lo que a Jehane atañía, no habían viajado tan lejos a lo largo de los siglos para acabar teniendo que renunciar a su propia historia allí, en Al-Rassan. Si un jada sentía lo mismo por su dios, ella podía entenderlo.

—Ya nos ocuparemos de ese asunto cuando llegue el momento. Por ahora, lo importante es saber si necesitare extraerle sangre al niño y, en ese caso, no podre hacerlo bien aqui, en el mercado.

Alguien que habia junto al puesto estallo en un torrente de risas. Lo ignoro y hablo mas discretamente. Se sabia que los medicos kindath eran los mas caros de la peninsula. *Como debe ser*, penso Jehane. *Somos los unicos que lo sabemos todo*. No obstante, no estaba bien por su parte reprender a nadie por preocuparse por el coste de la consulta.

—No temas —dijo sonriendo al curtidor—. No os sangrare a los dos.

Mas risas en aquella ocasion. Su padre siempre habia dicho que media tarea de los medicos consistia en hacer que el paciente creyera en ellos y Jehane habia descubierto que unas cuantas risas ayudaban porque inspiraban confianza.

—Asegurate de saber tanto las lunas como las altas estrellas de su hora de nacimiento. Si voy a extraerle sangre, quiero fijar una hora para hacerlo.

—Mi mujer lo sabra —susurro el hombre—. Gracias. Gracias, doctora.

—Hasta manana —respondio ella con tono de eficiencia.

Velaz reaparecio de la parte trasera con la medicina, se la dio al hombre y aparto el frasco de Jehane para vaciarlo en la cubeta que habia junto al mostrador. El curtidor se detuvo junto a el y, nervioso, comenzo a darle las direcciones para el dia siguiente.

—¿Siguiente? —pregunto Jehane alzando la vista.

Ahora habia muchos mas mercenarios del rey Almalik en el mercado. Gigantes rubios del norte, de las lejanas Karch o Waleska, y, con una presencia mas inquietante todavia, miembros de la tribu muwardi llegados a traves de los estrechos desde las arenas del Majriti, con sus caras parcialmente cubiertas con un velo y unas miradas oscuras imposibles de interpretar excepto cuando mostraban claramente desden y desprecio.

Casi con toda seguridad, se trataba de una deliberada exhibicion publica de poder de Cartada. Probablemente habia soldados merodeando por toda la ciudad con ordenes de ser vistos. Aunque algo tarde, recordo haber oido que el principe habia llegado dos dias atras con quinientos hombres. Demasiados soldados para una visita ceremonial. Se podia tomar una pequena ciudad o emprender un gran asalto a traves de las tierras tagras, la tierra de nadie, con quinientos hombres.

Necesitaban soldados alli. El actual gobernador de Fezana era una marioneta de Almalik apoyado por un ejercito permanente. Las tropas mercenarias habian llegado, aparentemente, para proteger contra las incursiones de los reinos jaditas o de los bandidos que causaban problemas en el campo. En realidad, su presencia era lo unico que evitaba que la ciudad volviera a rebelarse. Y ahora, por supuesto, con una nueva ala construida en el castillo habria mas hombres.

Fezana había sido una ciudad libre desde la caída del Califato hasta hacía siete años. La libertad no era más que un recuerdo y la única realidad que existía ahora era la ira. Había sido tomada en la segunda ola de expansión de Cartada; el asedio había durado medio año y luego, una noche próxima al invierno, alguien le había abierto la puerta de Salos al ejército que aguardaba afuera dando como resultado un forzoso final al asedio. Nunca supieron quién había sido el traidor. Jehane recordaba haberse escondido con su madre en el cuarto más recóndito de su casa situada en el barrio kindath y haber oído los gritos y alaridos de la batalla y el crepitar del fuego. Su padre se encontraba al otro lado de los muros, ya que desde hacía un año había estado trabajando para los cartadanos como médico del ejército de Almalik; así era la vida de un médico. Otra ironía más.

Cadáveres humanos plagados de moscas habían colgado de los muros sobre esa y las otras cinco puertas durante semanas después de la toma de la ciudad y, flotando entre los puestos de frutas y verduras, había perdurado un desagradable hedor.

Fezana entró así a formar parte del cada vez mayor reino de Cartada. Ya por entonces tenía Lonza y Aljais e, incluso, Silvenes con las tristes y saqueadas ruinas del Al-Fontina. Después se hicieron con Seria y Ardeño. Y ahora incluso la orgullosa Ragosa, en las orillas del lago Serrana, estaba bajo su amenaza, como también lo estaban Elvira y Tudesca, al sur y al sudeste. En la fragmentada Al-Rassan de los reyezuelos, Almalik de Cartada fue llamado «El León» por los poetas de su corte.

De todas las ciudades conquistadas, Fezana fue la que se sublevó con más violencia: tres veces en siete años. En cada una de ellas los mercenarios de Almalik habían regresado, los rubios y los que iban cubiertos con velos, y cada una de esas veces moscas y aves carroñeras se habían dado un festín de cadáveres colgados con los brazos y las piernas extendidos sobre los muros de la ciudad.

Pero con el tiempo también se dieron otras ironías más favorables. Al fiero León de Cartada lo estaban obligando a aceptar la presencia de bestias igualmente peligrosas. Los jaditas del norte podrían ser menores en número y estar divididos internamente, pero no eran ciegos a las oportunidades. Desde hacía dos años Fezana le había estado pagando un tributo al rey Ramiro de Valledo. Almalik no había podido negarse. No, si quería evitar el riesgo de una guerra con el más fuerte de los reyes jaditas cuando tenía que vigilar las ciudades de su rebelde reino, ocuparse de los bandidos que recorrían las colinas del sur y tratar con el rey Badir de Ragosa que era lo suficientemente rico como para contratar a sus propios mercenarios.

Era cierto que Ramiro de Valledo gobernaba una agitada sociedad de pastores y aldeanos primitivos, pero también era una sociedad organizada para la guerra y no se podía jugar con los Jinetes de Jad. Solamente la fuerza de los

califas de Al-Rassan, con poder absoluto en Silvenes durante trescientos años, había sido suficiente para conquistar la mayor parte de la península y confinar a los jaditas al norte, lo cual había requerido un asalto tras otro por las altas mesetas de la tierra de nadie y no todos ellos se habían saldado con éxito.

Según Jehane, si los tres reyes jaditas dejaban de luchar entre ellos, hermano contra tío y contra hermano, el León de Cartada, y todos los reyes menos poderosos de Al-Rassan, podrían ser domados en breve.

Lo cual no tendría por qué ser algo necesariamente bueno.

Una ironía más con sabor amargo; parecía que Jehane tenía que pedir que el hombre al que más odiaba sobreviviera. Todos los vientos podrían traerle lluvia a los kindath, pero allí, entre los asharitas de Al-Rassan, al menos tenían aceptación y un lugar. Después de siglos vagando por la tierra como sus lunas lo habían hecho por el cielo, eso suponía mucho. A pesar de pagar altos tributos y de verse sometidos a leyes restrictivas, podían vivir libremente, buscar fortuna y rendir culto a quien quisieran, tanto al dios como a sus hermanas. Y lo cierto era que algunos de los kindath se habían situado en altos puestos entre las cortes de los reyezuelos.

En aquella península no había ningún kindath que ocupara puestos en los consejos de los Hijos de Jad. Apenas quedaba ninguno en el norte. La historia..., y ellos tenían una larga historia..., les había enseñado que los jaditas podían llegar a tolerarlos y a aceptarlos en tiempos de paz y prosperidad, pero que cuando los cielos se oscurecían, cuando acechaban los vientos de lluvia, los kindath volvían a ser Errantes. Los exiliaban o los obligaban a convertirse, o morían en las tierras donde dominaba el dios del sol.

El tributo, las parias,<sup>1</sup> era recaudado por un grupo de jinetes del norte dos veces al año. Fezana pagaba caro el hecho de estar demasiado cerca de las tierras tagras.

Los poetas ahora denominaban la Edad de Oro a los trescientos años de Califato. Jehane había oído las canciones y los versos recitados. En aquellos días ya desvanecidos, por mucho que la gente se hubiera mostrado irritada bien ante el poder absoluto, bien ante el extravagante esplendor de la corte de Silvenes, y que los wadjis en sus templos se hubieran lamentado de semejante sibaritismo y sacrilegio, en época de asaltos los antiguos caminos que llevaban al norte habían sido testigos de la marcha de los concentrados ejércitos de Al-Rassan y de su posterior regreso con botines y esclavos.

Ya ningún ejército unificado se dirigía al norte para adentrarse en la tierra de nadie y si, en alguna ocasión, las estepas de aquellos vacíos lugares veían numerosos soldados lo más probable era que se tratara de los Jinetes de Jad, el

---

<sup>1</sup> N. de la T.: En castellano en el original.

dios del sol. Jehane casi podía convencerse a sí misma de que incluso esos últimos e incompetentes califas que habían existido en su infancia habían sido símbolos de una época dorada.

Sacudió la cabeza y apartó la vista de los mercenarios. El siguiente hombre en la fila era un trabajador de las canteras; lo supo al ver el polvo blanco de caliza que le cubría la ropa y las manos. E incluso únicamente por su aspecto y su extraña postura, y antes de haber visto la espesa y lechosa muestra de orina que le entregó, pudo saber que padecía de gota. Era extraño; en las canteras los problemas más comunes tenían que ver con la garganta y los pulmones. Con verdadera curiosidad desvió la vista del frasco para volver a mirar al hombre.

Pues bien, resultó que tanto el cantero como el hijo del curtidor fueron pacientes a los que Jehane nunca llegó a tratar.

Un portamonedas de proporciones considerables cayó sobre el mostrador ante ella.

—Perdonad la intrusión, doctora —dijo una voz—. ¿Me permitís robaros algo de vuestro tiempo? —El ligero tono de voz y la dicción propia de la corte no eran usuales en el mercado. Jehane alzó la vista y se dio cuenta de que se trataba del hombre que antes se había reído.

El sol naciente estaba tras él, de modo que la primera imagen que tuvo suya estuvo rodeada de un halo de luz y resultó imprecisa: un rostro bien afeitado al estilo de la corte y cabello castaño. No podía verle los ojos con claridad. Olía a perfume y llevaba una espada, lo que indicaba que era de Cartada. Las espadas estaban prohibidas para los ciudadanos de Fezana incluso dentro de sus propios muros.

Pero era una mujer libre llevando a cabo su práctica de un modo legítimo y en su propio lugar de trabajo y no por el hecho de que Almalik hubiera obsequiado a su padre ella tenía que aceptar ese portamonedas, por muy grande que fuera.

Irritada, infringió el protocolo cogiendo la bolsa de dinero y devolviéndosela al hombre.

—Si lo que necesitáis es asistencia médica, no estáis causando ninguna intromisión. Por eso estoy aquí. Pero como habréis notado, hay gente antes que vos. Cuando haya llegado vuestro turno, estaré encantada de ayudaros, si puedo. —Si no hubiera estado tan irritada le habría hecho gracia el lenguaje tan formal que había empleado. Aún no podía ver a ese hombre con nitidez y el cantero, nervioso, se había apartado sigilosamente a un lado.

—Me temo que no tengo tiempo para ninguna de las dos propuestas —dijo el cartadano en voz baja—. Tendré que llevaros conmigo y de ahí que os ofrezca el contenido de este portamonedas a modo de compensación.

—¿Llevarme? —preguntó Jehane bruscamente mientras se levantaba. La irritación había dado paso a la ira. Se percató de que varios de los muwardis

estaban avanzando hacia su puesto y pudo sentir a Velaz detrás de ella. Tendría que ser prudente; su sirviente se enfrentaría a cualquiera por ella.

El cortesano sonrió en un intento de aplacar su cólera y se apresuró a levantar una mano enguantada.

—Me he expresado mal. Quería decir que os acompañaré. Os ruego me disculpéis, casi he olvidado que estoy en Fezana, donde tales detalles son de gran importancia. —Parecía estar divirtiéndose más que ninguna otra cosa y eso la hizo enfurecerse aún más.

Ahora que se había puesto de pie ya podía verlo claramente. Tenía los ojos azules, igual que ella; algo tan inusual entre los asharitas como entre los kindath. Su cabello tupido se había ondulado ligeramente por el calor. Vestía una ropa muy cara, llevaba anillos en varios de sus dedos enguantados y un solo pendiente de perla que con toda seguridad tenía más valor que todos los bienes juntos de las personas que guardaban cola ante ella. Más piedras preciosas salpicaban su cinturón y la empuñadura de su espada; incluso llevaba algunas otras cosidas en la piel de su calzado. Era un galán. Eso fue lo que Jehane pensó. Un dandi refinado de la corte de Cartada.

Sin embargo, la espada era auténtica, no era un simple adorno, y ahora que estaba viéndole los ojos, estos resultaban inquietantes.

A Jehane sus padres le habían enseñado a mostrar deferencia cuando era debido, y no lo contrario.

—Esos «detalles», como vos preferís referiros a la simple cortesía, deberían importar en Cartada tanto como importan aquí —dijo con tono ecuánime. Se apartó un mechón de pelo de los ojos con el dorso de la mano—. Estoy en el mercado hasta que suenen las campanas del mediodía. Si tenéis verdadera necesidad de una consulta privada, veré si puedo atenderos esta tarde.

Él negó con la cabeza educadamente. Dos de los soldados cubiertos con velos ya se encontraban junto a ellos.

—Como creo haber mencionado, no tenemos tiempo para eso. —Aún parecía que hubiera algo que lo estuviera divirtiendo—. Tal vez debería decir que no estoy aquí por ninguna afección propia, aunque he de admitir que a cualquier hombre le agradecería ponerse bajo vuestro cuidado. —Hubo un estallido de risas.

Pero a Jehane no le pareció divertido. Sabía cómo ocuparse de esa clase de cosas y estaba a punto de hacerlo cuando el cartadano continuó:

—Vengo de la casa de uno de vuestros pacientes. Husari ibn Musa está enfermo. Os suplica que vayáis a verlo esta mañana, antes de que comience en el castillo la ceremonia de consagración a la que no debería faltar ya que van a presentarle al príncipe.

—¡Oh! —exclamó Jehane.

Ibn Musa tenía piedras en el riñón y era un problema recurrente. Había sido paciente de su padre y uno de los primeros en aceptarla como sucesora de Ishak.

Era rico, agradable como el tacto de la seda con la que comerciaba, y disfrutaba de la buena comida demasiado para su propio bienestar. Además era noble, sorprendentemente sencillo e inteligente, y el hecho de que hubiera sido uno de sus primeros clientes había significado mucho para su trabajo. Jehane lo apreciaba y se preocupaba por él.

Era muy probable, dada su fortuna, que el comerciante de seda hubiera estado en la lista de ciudadanos a los que se había honrado con una invitación para conocer al príncipe de Cartada. Algunas cosas empezaban a estar claras. Otras, no tanto.

—¿Por qué os ha enviado a vos? Conozco a casi toda su gente.

—Él no me ha enviado —objetó el hombre, con elegancia—. Yo me he ofrecido a venir. Me avisó de lo ocupada que estaríais en el mercado. ¿Habríais abandonado vuestro puesto a instancia de un sirviente? ¿Incluso de uno que conocierais?

Jehane no pudo más que negar con la cabeza.

—Únicamente en caso de nacimiento o de accidente.

El cartadano sonrió y, al hacerlo, mostró unos dientes blancos contra unos rasgos suaves y bronceados.

—Gracias a Ashar y a las sagradas estrellas, por el momento Ibn Musa no está encinta y no ha sufrido ningún accidente. La condición en la que se encuentra es, por lo que sé, la misma por la que lo habéis tratado con anterioridad. Él jura que nadie más en Fezana sabe cómo aliviar sus dolores y hoy, por supuesto, es un... día excepcional. ¿No modificareis hoy vuestra rutina y me permitiréis acompañaros hasta él?

Si él le hubiera vuelto a ofrecer la bolsa de dinero, se habría negado. Si no lo hubiera visto calmado y muy serio mientras esperaba su respuesta, se habría negado. Si el que suplicaba su presencia hubiera sido otra persona distinta a Husari ibn Musa...

Tiempo después, y echando la vista atrás, Jehane fue consciente de que el más mínimo de los gestos en aquel momento podría haberlo cambiado todo. Fácilmente podría haberle dicho al refinado, y con mucha labia, cartadano que atendería a Ibn Musa durante la tarde. Y no podía evitar pensar que, de haberlo hecho, su vida habría sido diferente.

¿Mejor o peor? Ningún hombre ni ninguna mujer podían dar respuesta a eso. Sí, los vientos soplaban y traían lluvias consigo, pero en ocasiones también arrastraban las bajas y oscuras nubes para permitir ver el nacimiento y la puesta de sol desde un punto alto o esas claras y brillantes noches en las que la luna azul y la blanca parecían cabalgar como reinas a través de un cielo engalanado de centelleantes estrellas.

Jehane le indicó a Velaz que cerrara el puesto y la siguiera. Le dijo a todos los que aguardaban en la cola que les dieran sus nombres a Velaz y que los vería de manera gratuita bien en las salas de cura de su casa o en el mercado a la semana



siguiente. Luego agarró su frasco de orina y dejó que el extraño la llevara hasta la casa de Ibn Musa.

El extraño.

El extraño era Ammar ibn Khairan de Aljais. El poeta, el diplomático, el soldado. El hombre que había asesinado al último califa de Al-Rassan. Supo su nombre cuando llegaron a la casa de su paciente. Fue el primer gran impacto del día, pero no el último. Nunca pudo decidir si habría llegado a ir con él de haberlo sabido.

Una vida diferente, si no hubiera ido. Menos vientos y menos lluvia. Tal vez ninguna de esas dos visiones mostraba a quienes residen en los lugares altos y ventosos del mundo.

Con actitud muy eficiente, el sirviente de Ibn Musa la había dejado entrar y a continuación se había referido a su acompañante por su nombre y lo había saludado de un modo empalagoso, casi arañando el suelo con la frente al hacerle una reverencia, mientras le arrojaba frases de agradecimiento como si se trataran de pétalos de rosa. El cartadano se había disculpado tranquilamente ante ella por no haberse presentado y luego había esbozado una reverencia típica de la corte. No era costumbre inclinarse ante los infieles kindath. De hecho, según los wadjis, a los asharitas les estaba vetado y por hacerlo se exponían a azotamientos públicos.

Aunque no era nada probable que aquel hombre enjoyado que le estaba haciendo una reverencia fuera susceptible de un azotamiento. Jehane supo quién era nada más oír su nombre. Dependiendo de quién hablara, Ammar ibn Khairan podía ser uno de los hombres más célebres de la península o uno de los que tenían peor reputación.

Se decía, y también se cantaba, que siendo apenas un hombre había escalado con una sola mano los muros del Al-Fontina en Silvenes, había dado muerte a una docena de guardias que se encontraban dentro, se había abierto paso hasta el Jardín del Ciprés para asesinar al califa y luego había vuelto a salir, solo, dejando tras de sí una estela de cuerpos muertos. Por ese servicio el agradecido y recién proclamado rey de Cartada había recompensado a Ibn Khairan con una inmediata fortuna y un poder que había ido aumentando con los años y que en los últimos tiempos había incluido el puesto de guardián y consejero del príncipe.

Un estatus que le otorgaba una clase distinta de poder. Demasiado, como algunos habían susurrado. Almalik de Cartada era un hombre impulsivo, perspicaz y envidioso, y lo cierto era que no apreciaba especialmente a su hijo mayor. Además, por su parte, el príncipe tampoco tenía fama de adorar a su padre y todo ello propiciaba una situación de inestabilidad. Los rumores que rodeaban al disoluto y extravagante Ammar ibn Khairan (porque siempre había

rumores en torno a su persona) se habían visto algo alterados durante el año anterior.

Aunque ninguno se aproximaba lo más mínimo a explicar por qué ese hombre se había ofrecido a avisar a un médico para que un comerciante de seda de Fezana pudiera asistir a una recepción en la corte. Con respecto a eso, la única pista que Jehane tenía era esa velada muestra de diversión en el rostro de Ibn Khairan... y eso tampoco era una verdadera pista.

En cualquier caso, dejó de pensar en esas cosas, incluida la perturbadora presencia del hombre que tenía a su lado, cuando entró en la alcoba y vio a su antiguo paciente. Una mirada fue suficiente.

Husari ibn Musa estaba tendido en la cama, recostado sobre un montón de almohadas. Un esclavo agitaba enérgicamente un abanico en el aire en un intento de refrescar la alcoba y a su dolorido ocupante. No podía decirse que Ibn Musa fuera un hombre valiente. Tenía la tez pálida, lágrimas en las mejillas y estaba gimoteando de dolor y temiéndose lo peor.

Su padre le había enseñado que los valientes o los decididos no eran los únicos que merecían la compasión de un médico. El dolor y el sufrimiento eran reales y siempre llegaban, independientemente de cómo respondiera uno ante ellos según su naturaleza y constitución. Una mirada a su afligido paciente bastó para centrar a Jehane y calmar su propia agitación.

Dirigiéndose con paso decidido hacia la cama, le habló de manera resuelta:

—Husari ibn Musa, hoy no irás a ninguna parte. A estas alturas ya conoces muy bien estos síntomas, tanto como yo. ¿Qué pensabas? ¿Que saltarías de la cama, te sentarías a horcajadas sobre una mula y cabalgarías para acudir a la recepción?

El corpulento hombre, tendido en la cama, gimió lastimeramente por sólo imaginarse semejante esfuerzo y buscó la mano de Jehane. Se conocían desde hacía mucho tiempo y ella se lo permitió.

—Pero Jehane, ¡he de ir! Es el acontecimiento del año en Fezana. ¿Cómo no voy a estar presente? ¿Qué puedo hacer?

—Puedes enviar tus más efusivas disculpas e informar de que tu médico te ha ordenado que permanezcas en cama. Si lo deseas, para ofrecer más detalles, tu mayordomo puede decir que a lo largo de esta tarde o de esta noche expulsarás una piedra con extremo dolor y que lo harás ayudado por unos medicamentos que no te permitirán permanecer erguido ni hablar con coherencia. Si a pesar de haberte dicho lo que va a ocurrir aún deseas asistir a la recepción cartadana, no me queda más que pensar que tanto dolor te ha afectado a la cabeza. Si deseas ser la primera persona en sufrir un colapso y morir en la nueva ala del castillo no tienes más que actuar en contra de mis instrucciones.

Empleaba ese mismo tono con él la mayoría de las veces. En realidad, con muchos de sus pacientes. Los hombres, incluso los poderosos, solían querer oír en un médico mujer a sus madres dándoles órdenes. Ishak había inducido a la

gente a que siguieran su tratamiento sirviéndose de una actitud seria y del peso de su sonora y bella voz. Jehane, una mujer y todavía joven, había tenido que desarrollar sus propios métodos.

Con gesto de desesperación, Ibn Musa se giró hacia el cortesano cartadano.

—¿Lo veis? —le dijo lastimeramente—. ¿Qué puedo hacer con un médico así?

Una vez más, a Ammar ibn Khairan pareció hacerle gracia la situación. Jehane encontró que la irritación la estaba ayudando a enfrentarse a la abrumadora sensación que la identidad de ese hombre despertaba en ella. Aún desconocía qué le hacía tanta gracia de todo aquello, a menos que esa pose y ese comportamiento fueran rasgos habituales en un cortesano cínico. Quizá le aburría la rutina de la corte; bien sabían las hermanas del dios que a ella también le habría aburrido.

—Supongo que podríais consultar a otro médico —le dijo Ibn Khairan mientras se rascaba la barbilla con aire pensativo—, pero, basándome en mi escasa experiencia, creo que esta exquisita joven sabe exactamente lo que está haciendo. —La obsequió con otra brillante sonrisa—. Cuando tengamos más tiempo tendréis que contarme dónde habéis aprendido.

A Jehane no le gustaba que la trataran como a una mujer cuando estaba haciendo las labores de médico.

—No hay mucho que decir —respondió brevemente—. En la universidad de Sorenica, en Batiara, con ser Rezzoni durante dos años. Y luego, aquí, con mi padre.

—¿Vuestro padre? —preguntó él educadamente.

—Ishak ben Yonannon —dijo Jehane, y se sintió profundamente satisfecha al ver que eso suscitó una reacción que el hombre no logró ocultar. Un cortesano al servicio de Almalik de Cartada tenía que reaccionar de algún modo al oír el nombre de Ishak. La historia de lo sucedido no era ningún secreto.

—Ah —exclamó Ammar ibn Khairan con tono tranquilo y las cejas enarcadas. Se la quedó mirando un momento—. Ahora veo el parecido. Tenéis la boca y los ojos de vuestro padre. Debería haberos asociado antes. Habréis aprendido incluso más aquí que en Sorenica.

—Me complace ver que estoy a la altura de vuestras expectativas —dijo Jehane secamente. Él volvió a sonreír, sin inmutarse, y disfrutando claramente al oír las agudezas de la joven. Tras él, Jehane vio la boca del mayordomo de Husari abrirse ante su impertinencia. Por supuesto, se sentían intimidados por el cartadano. Jehane supuso que ella también debería estarlo y, en realidad lo estaba, y bastante. Sin embargo, no había necesidad de que nadie lo supiera.

—El señor Ibn Khairan ha sido muy generoso con su tiempo en favor mío —murmuró Husari débilmente desde la cama—. Estaba citado esta mañana para mirar unas sedas que quería comprar y me ha encontrado así... como puedes ver. Al enterarse de que temía no poder asistir a la recepción esta tarde,

ha insistido en que mi presencia era importante. —Había orgullo en su voz, audible entre el dolor—. Y se ha ofrecido a intentar convencer a mi obstinada doctora para que acudiera a mi lado.

—Y aquí está ahora, y obstinadamente pide que todos los presentes en este cuarto, a excepción del esclavo y de tu mayordomo, sean tan amables de dejarnos solos —dijo Jehane volviéndose al cartadano—. Estoy segura de que uno de los factores de Ibn Musa podrá ayudaros con el asunto de las sedas.

—Sin duda —respondió el hombre con calma—. ¿Entiendo, por tanto, que sois de la opinión de que vuestro paciente no debería presentarse ante el príncipe esta tarde?

—Podría morir allí —dijo Jehane rotundamente. No era lo más probable, pero sí posible y en ocasiones era necesario impresionar a la gente para que aceptaran las órdenes de un médico.

Pero al cartadano la respuesta no le había impresionado; es más, incluso parecía que volvía a estar divirtiéndose. Jehane oyó un sonido proveniente del otro lado de la puerta. Velaz había llegado con los medicamentos.

Ammar ibn Khairan también lo oyó.

—Tenéis trabajo que hacer. Yo me marcharé, como habéis solicitado. Lamentablemente, al no tener ninguna dolencia que me permitiría pasar el día bajo vuestros cuidados, creo que debo asistir a la recepción en el castillo. —Se volvió hacia el hombre postrado en la cama—. No necesitáis mensajero, Ibn Musa. Yo presentaré vuestras disculpas junto con un informe de vuestro estado. Nadie se ofenderá, confiad en mí. Nadie, y mucho menos el príncipe Almalik, querría que murierais eliminando una piedra en el patio nuevo. —Le hizo una reverencia y a continuación, para visible desagrado del ayudante, volvió a inclinarse ante Jehane antes de retirarse.

Se produjo un breve silencio. Jehane recordó de pronto, y sin motivo alguno, que entre los parloteos del mercado o del templo se decía que las mujeres de alta alcurnia de Cartada, y también algunos hombres, se habían herido de gravedad entre sí en peleas por formar parte de la comitiva de Ammar ibn Khairan. Habían muerto dos personas... ¿O fueron tres?

Jehane se mordisqueó el labio. Sacudió la cabeza para despejarla, estupefacta por su propio pensamiento. Era el rumor más frívolo que podía habersele pasado por la mente, la clase de conversación a la que nunca en su vida le había prestado atención. Un momento después Velaz irrumpió en el cuarto y ella, agradecida, se dispuso a ejercer su labor: mitigar el dolor, prolongar la vida y ofrecer una esperanza de sosiego allí donde, de lo contrario, poca podría haber.

Ciento treinta y nueve ciudadanos de Fezana se congregaron en la nueva ala del castillo aquella tarde. No mucho tiempo después, lo que siguió a aquello fue conocido por todo Al-Rassan como el Día del Foso. Y así fue cómo sucedió.

La recién terminada parte del castillo de Fezana tenía un diseño particular y nada común. Una gran estancia para alojar a las nuevas tropas muwardis daba paso a un refectorio de igual tamaño para darles de comer y a un templo adyacente para la oración. El célebre Ammar ibn Khairan, que acompañó a los invitados durante el recorrido por esas estancias, era demasiado considerado como para mencionar específicamente la razón de semejante presencia militar en Fezana, pero a ninguno de los dignatarios de la ciudad allí reunidos les pasó inadvertido el significado de semejantes instalaciones.

Ibn Khairan, que ofreció unos comentarios innegablemente ocurrentes e impecablemente educados, era también demasiado discreto como para centrar la atención de la gente en las continuas muestras de malestar y subversión de la ciudad, durante una celebración. No obstante, un cierto número de aquellos que visitaban el castillo intercambiaron cautas miradas de recelo. A todas luces, lo que estaban viendo tenía la intención de intimidarlos.

Y, de hecho, pretendía algo más que eso.

La extraña naturaleza del diseño del ala nueva se hizo incluso más evidente cuando ellos, un tropel de prósperos hombres magníficamente vestidos, atravesaron el refectorio en dirección a un largo pasillo. El estrecho túnel diseñado con fines defensivos, según Ibn Khairan explicó, conducía al patio donde los wadjis llevarían a cabo la ceremonia de consagración y donde el príncipe Almalik, heredero del ambicioso reino de Cartada, estaba esperando para recibirlos.

La aristocracia y los mercaderes más prósperos de Fezana fueron escoltados individualmente por soldados muwardi hasta el oscuro pasillo. Al llegar al final del mismo por turnos, cada uno de ellos pudo discernir una resplandeciente luz. Todos se detuvieron allí, con los ojos entrecerrados, casi ciegos bajo el umbral de luz mientras un heraldo anunciaba sus nombres con satisfactoria resonancia.

Según se adentraban parpadeando en la cegadora luz y daban un paso al frente para rendir homenaje a la figura vestida de blanco que vagamente podían distinguir y que se encontraba sentada sobre un cojín en medio del patio, cada uno de los invitados era brutalmente decapitado por uno de los dos muwardis que flanqueaban el arco del túnel.

Los muwardis, para los que esa práctica no era desconocida, disfrutaron realizando su labor tal vez más de lo que deberían haberlo hecho. Por supuesto, no había wadjis esperando en el patio; el ala del castillo estaba recibiendo otro tipo de consagración.

Uno a uno, en el curso de una abrasadora y despejada tarde de verano, la élite de la sociedad fezanense recorrió el oscuro y frío túnel para luego, deslumbrados por el regreso de la luz, seguir la voz del heraldo que con modo grandilo-

cuenta proclamaba sus nombres y llegar al patio blanco donde eran asesinados. Los muwardis habían sido cuidadosamente elegidos. No se cometió ningún error. Nadie gritó.

Otros hombres de la tribu, también cubiertos con un velo, se hacían rápidamente con los cuerpos y los arrastraban hasta el extremo más lejano del patio donde una torre redonda dominaba el nuevo foso creado mediante la desviación del cercano río Tavares. Los cuerpos de los hombres muertos iban siendo arrojados al agua desde una ventana baja de la torre. Las cabezas cercenadas se iban lanzando despreocupadamente, acumulándose en una sangrienta pila no lejos de donde se sentaba el príncipe de Cartada, que aparentemente aguardaba para recibir a los ciudadanos más destacados de la más difícil de las ciudades que algún día gobernaría, si es que vivía el tiempo suficiente.

Pues bien, resultaba que al príncipe, cuya relación con su padre no era del todo cordial, no se le había informado de ese principal, y planeado desde hacía mucho tiempo, aspecto de las actividades previstas para aquella tarde. El rey Almalik de Cartada tenía más de un propósito para lo que estaba haciendo aquel día. En efecto, el príncipe había preguntado dónde se encontraban los wadjis y nadie había sido capaz de responderle. Sin embargo, después de que el primer hombre apareciera y su cabeza amputada quedara sobre el suelo a cierta distancia de su cuerpo tendido, el príncipe no hizo más preguntas.

En un momento de aquella casi silenciosa y mortífera tarde bajo el abrasador sol, cuando las aves carroñeras comenzaron a aparecer en bandadas y a sobrevolar el agua en círculos, algunos de los soldados que ocupaban el patio cada vez más cubierto de sangre, pudieron notar cómo el ojo izquierdo del príncipe había comenzado a parpadear de un modo tan extraño que incluso llegaba a desfigurarlo. Para los muwardis aquello fue una deleznable muestra de debilidad. Pero a pesar de todo, permaneció sobre su almohadón y no se movió ni habló en ningún momento. Vio morir a ciento treinta y nueve hombres mientras le rendían homenaje.

Ya nunca perdió aquel tic nervioso; siempre regresaba en épocas de tensión o de euforia y, por mucho que intentara ocultarlo, para aquellos que lo conocían era una señal infalible de que estaba experimentando una intensa emoción. Pero además era un ineludible recordatorio, porque toda Al-Rassan conocería esa historia en breve, de una tarde de verano bañada de sangre en Fezana.

La península ya había presenciado bastantes hechos violentos desde la época de la conquista asharita y con anterioridad, pero aquello fue algo especial, algo para recordar. El Día del Foso. Uno de los legados de Almalik I, el León de Cartada. Parte de la herencia que le quedaría a su hijo.

La masacre no finalizó hasta momentos después de que las quintas campanas hubieran llamado a los piadosos para que volvieran a su oración. Para entonces el número de pájaros que sobrevolaban el río y el foso había dejado claro que algo siniestro estaba sucediendo. Unos niños curiosos habían salido de los

muros y los habían rodeado hacia la zona norte para ver qué estaba atrayendo a tantos pájaros. Llevaron la información a la ciudad. Había cuerpos sin cabezas en el agua. No mucho después dieron comienzo los alaridos en las casas y en las calles de Fezana.

Por supuesto, esos sonidos no penetraron en los muros del castillo y los pájaros no podían verse desde dentro del bello refectorio con arcos. Después de que el último de los invitados congregados hubiera salido de allí para recorrer el túnel, Ammar ibn Khairan, el hombre que había asesinado al último califa de Al-Rassan, recorrió solo ese pasillo hacia el patio. Para entonces, el sol ya se dirigía al oeste y la luz hacia la que caminaba atravesando una larga y fría oscuridad era suave y acogedora, casi digna de un poema.